

Una mañana absurda

Hace frío, acabo de llegar, he encontrado aparcamiento, menos mal que me vine en moto. De nuevo entro en los juzgados, veo al guardia civil, subo las escaleras y me dirijo hacia él muy decidido, él se fija en mí, incluso creo que lo conozco de antes, tiene una generosa barriga, sus compañeros de al lado están cubriendo el trámite con el arco de seguridad. Continúo andando sabiendo que la entrada para nosotros es rutinaria, me acerco al control de entrada y de pronto siento un fuerte golpe en las piernas y en la barriga, el dichoso sensor no ha saltado a tiempo y las puertecitas no se han abierto, he tropezado con las mismas y del leñazo que me he dado casi me doy la vuelta. Seguro que todo el mudo miraba. ¡Coño! y es que además son transparentes.

Nunca pensé que eso podía pasar. El agente me dice que no vaya tan deprisa que no le ha dado tiempo a saltar. ¡El caso es que llego tarde! Consigo pasar y el guardia me dice, que ¡con casco no! Mierda, y ahora dónde dejo el casco, me acuerdo que me dijeron que el tío del quiosco de la puerta los guarda, por una propina supongo. Dejo el casco y de nuevo me dirijo al jodido sensor. Ya voy preparado, el agente me ve venir y se queda a la espera, a ver si doy otro talegazo. No, ahora no, me acerco despacio me pongo delante del sensor, me paro y las puertas transparentes no se abren, y el guardia a verlas venir, y yo que llego tarde, repito la operación mas despacio y nada no se abren. El tipo de verde me dice, «esas son para salir, ¿no has visto la flecha roja? Para entrar, son las otras». ¡Por dios bendito, que todavía no he entrado!

Cuando al final lo consigo el señor de la barriga va y me pide el carné, ¡si nunca lo hace, por qué hoy! No tengo carné lo tengo metido en la maquina que nos dieron y que nadie usa, le enseño el de identidad, el de buceo, el de la mutualidad, y al final me quito la chaqueta de moto, ve la corbata y me deja pasar. Me voy directamente a la pantallita, veo a varias personas que miran y que siguen mirando cuando me voy. Me pillan un Sala al final del pasillo. ¡Vaya por dios! con lo largo que es.

Noooo... se me ha olvidado la toga, busco desesperadamente un compañero ocioso y nada, hoy todo el mundo trabaja, vuelta al colegio de abogados, saludo al tipo que rellena los papelillos, me cae bien, ya me conoce. Detecta perfectamente la cara descajada que ponemos al retirar la toga y la mas relajada cuando la devolvemos, que por cierto, yo la pongo donde pillo, ni mediana ni grande ni historias, yo lo que quiero es salir de allí cuanto antes. No puedo evitar preguntarme si su única función es esa, el caso es que es apaño. Cojo la toga, que sea de mi talla y me la pongo, ¿hasta cuándo nos tendremos que poner «el abrigo»? Al principio sí, estaba bien, pero yo ya estoy hartoo... Bueno, no es el momento de reflexiones, me encajo la toga. Ya, ya sé que pasearse por los pasillos con el abrigo puesto es un poco cursi, pero todavía no he aprendido a llevar la toga, se me cae siempre la parte de arriba y la termino arrastrando. ¡Me he vuelto a equivocar! Me queda chica, me asoman las mangas de la chaqueta y voy encogido de hombros y no puedo cerrar los brazos, parezco Mr Bean, pero ya no puedo volver, no me da tiempo.

Llego ahogado pero en hora a la puerta de la sala; nadie, no hay nadie, compruebo la sala, miro el expediente, el día, el mes no es la primera vez que... nada, todo está correcto. Espero, sigo esperando y aquí no llega nadie. Sale el agente voceando un nombre que no coincide con ninguno de los míos, y me acerco a preguntarle «...no, ahora no puedo estamos celebrando juicio» y se mete en sala, y yo fuera, sin nadie, más solo que la una. Al rato vuelve a salir el agente, me levanto y rápidamente me pongo entre la puerta de la sala y él, con los brazos semiabiertos, así me tiene que atender, «me mira con cara de por qué me molestas» le digo lo de mi juicio. «Es cierto, me dice, esta sala es la 22, celebra el juzgado II y la citación que usted trae es para el año que viene...».

Francisco Peláez, abogado